

LECCION XI.

ESTABLECIMIENTO DEL CRISTIANISMO. (SIGLOS I Y II.)

Epístola de san Clemente á la iglesia de Corinto. — Tercera persecucion, en tiempo de Trajano; retrato de este Príncipe. — Martirio de san Ignacio, obispo de Antioquia; su llegada á Roma; es lanzado á los leones; traslacion de sus reliquias á Antioquia. — Juicio de Dios sobre Trajano. — Cuarta persecucion, en tiempo de Adriano; retrato de este Príncipe. — Martirio de santa Sinfrosa y de sus siete hijos.

La Iglesia puede decir de sí misma con toda verdad: Mis enemigos han renovado sus ataques contra mí desde mi juventud; pues mientras Neron y Domiciano derramaban su sangre, intentó el demonio inspirar entre sus miembros el espíritu de division. En los últimos años del siglo I suscitaronse algunas diferencias entre los fieles de Corinto, y de aquí provino la formacion de varios partidos, y el inminente peligro de un cisma; el jefe de aquella iglesia, que no se creyó con fuerzas para arrojar al lobo del redil, volvió sus miradas hácia la ciudad de Roma, y dirigióse al Pastor de los pastores, apresurándose el papa san Clemente á socorrer á aquella afligida porcion de su inmenso rebaño. Elevado en el año 91 á la cátedra, ensangrentada ya, del apóstol san Pedro, el nuevo Pontífice murió en el año 100 de Jesucristo, durante la persecucion de Trajano, despues de escribir á los Corintios una epístola verdaderamente digna del Padre comun de los fieles, pues es tanto lo que respira el espíritu de Nuestro Señor, que en los primeros siglos era leida en las iglesias como las Epístolas de los Apóstoles y demás partes de la sagrada Escritura.

Empieza el Santo haciendo una descripcion de las costumbres de los primeros cristianos, y en particular de los fieles de Corinto antes de la triste division que desolaba á aquella Iglesia. «¿Qué extranjero, dice, de los muchos que llegaban en tropel entre vosotros, no se sentia conmovido por vuestra viva fe, adornada de todas las virtudes? ¿Quién no admiraba vuestra piedad para con Jesucristo, tan llena de sabiduría y de dulzura? ¿Quién no alababa el indecible desprendimiento con que ejercíais la hospitalidad? Obrábais en todo sin distincion de personas, y adelantábais á grandes pasos por el camino de la ley de Dios bajo el pacífico gobierno de vuestros pastores; tributábais el debido honor á vuestros ancianos; dábais á los jóvenes el ejemplo de la humildad y de la modestia, y amonestábais

» á las mujeres que viviesen unidas con sus esposos, como es de su deber, que bendijesen su dependencia en la humildad y sencillez de su corazon, que se aplicasen al gobierno de su casa en el retiro y el recato, y que ennobleciesen todas sus obras por la pureza y santidad de sus intenciones.

» Érais todos humildes y sin presuncion; mas inclinados á obedecer que á mandar, á dar que á recibir, estábais contentos con vuestros medios de subsistencia en este mundo, que considerábais como un lugar de tránsito, y os encaminábais sin rodeos á vuestra patria, con los ojos fijos en la ley del Señor, y los oidos del corazon atentos continuamente á su palabra. Entonces gozábais de las bendiciones de la dulzura y de la paz... Hablábais sincera é inocentemente, sin malignidad ni resentimiento; si alguno pecaba contra vosotros, no llorábais vuestro daño sino su culpa, creyendo que las faltas del prójimo eran las vuestras. El gérmen de la division, hasta la sombra de la disension os causaba indecible horror. »

El santo Pontífice ve la causa del cambio verificado repentinamente entre ellos en el crimen de la envidia, cuyos desórdenes manifiesta con ejemplos tomados de la Historia sagrada, recorriendo desde Abel y los Patriarcas hasta á los Apóstoles y los tiempos mas modernos.

El remedio de este mal está en la imitacion de los ejemplos del divino Maestro; nuestros padres no conocian otro. Despues del augusto modelo, san Clemente propone otro en las criaturas inanimadas que viven en constante paz bajo las prescripciones de la Providencia, y presenta al universo material como á un gran predicador de la concordia.

Hé aquí sus elocuentes palabras: « Los cielos sometidos á las leyes de la Providencia divina verifican en paz sus impetuosas revoluciones; el dia y la noche terminan la carrera que les fué prescrita, y jamás es el uno obstáculo para la otra; el sol, la luna, los astros recorren bajo sus órdenes y en un perfecto acuerdo los espacios que les han sido señalados, sin separarse de ellos ni un momento. La tierra, siempre fecunda, da en abundancia y en las diferentes estaciones cuanto es necesario para el alimento de los hombres, de los animales y de cuanto respira, sin alterar jamás en nada las leyes que Dios le impuso. El mar, aunque rebelde contra sí mismo por la agitacion de sus olas, nunca traspasa los límites que le fueron prescritos. La primavera, el estío, el otoño y el invierno se suceden tranquilamente uno á otro; los vientos dejan escapar en épocas señaladas su violento hálito, y finalmente los mas pequeños animales viven juntos en una perfecta union. »

El santo Pontífice deducia que, á imitacion de la naturaleza entera, la única ambicion del cristiano debe ser agradar á Dios y vivir en paz con sus hermanos. Apenas su epístola, tan llena del espíritu

apostólico y tan digna del Padre comun, hubo llegado á Corinto y sido leida á los fieles, cuando corrieron de todos los ojos abundantes lágrimas de arrepentimiento; abrazáronse unos á otros, la caridad recobró su imperio, y todo volvió al antiguo orden. Tales eran nuestros padres; si cometían faltas porque eran hombres, sabían reconocerlas y humillarse porque eran cristianos.

La paz interior se hacia mas necesaria á la Iglesia por la proximidad del combate que por tercera vez iba á exponer á las ovejas del Salvador á los encarnizados lobos del Gentilismo. Trajano fué el autor de la tercera persecucion, y sus costumbres le hacian digno de inscribir su nombre á continuacion de los de Neron y de Domiciano; este Emperador subió al trono del mundo en el año 98 de Jesucristo, y con sus señaladas victorias ensanchó considerablemente las fronteras del Imperio romano: buen guerrero, hábil político, era despreciable como hombre, pues entregado al vicio y á la disolucion, perdía casi diariamente su razon en todas sus comidas. Dícese y con fundamento que su gusto por los desórdenes y goces groseros, á que se abandonaba sin freno, le hizo odiosos á los Cristianos, por ver en su vida pura y casta una notoria reprobacion de la suya. Dada la orden de su muerte por toda la extension del Imperio¹, empezó la carnicería en el año 106 ó 107; durante esta persecucion murió san Simeon, obispo de Jerusalem, el cual despues de confesar á Jesucristo con admirable valor, fué condenado al suplicio de la cruz, terminando su vida como su divino Maestro.

Sin embargo, la víctima mas ilustre del odio que profesaba Trajano al nombre cristiano fué san Ignacio, obispo de Antioquía y discípulo de san Juan. Recojámonos un momento para escuchar la interesante historia de su martirio, y roguemos á Dios que encienda en nuestro corazon solo una chispa de la inimitable caridad que consumia á Ignacio. Una circunstancia, referida por los autores de sus actas, explica el tierno amor del venerable pontífice á Jesucristo, Señor nuestro; hallábase, dicen, en su mas tierna infancia, cuando el Cristo, que vivia aun entre los hombres, puso sobre él sus venerables manos, y dijo al pueblo, señalándole: *Quien no sea humilde como este niño, no entrará jamás en el reino de los cielos.* Ignacio gobernaba hacia cuarenta años la Iglesia de Antioquía cuando fué llamado al martirio; corria el año 106 de Jesucristo, cuando Trajano, resuelto á combatir á los Partos, marchó á Oriente, haciendo su entrada en Antioquía con gran magnificencia el dia 7 de enero del siguiente año; su primer cuidado, al llegar á aquella ciudad, fué exaltar la gloria de sus dioses, y exigió bajo pena de muerte que todos sus habitantes los adorasen.

¹ Véase á Eusebio, lib. III, c. 23.

Ignacio, que solo temia por su rebaño, se dejó conducir delante del Emperador, el cual al verle exclamó: « ¿ Con que, eres tú, demonio malvado, el que te atreves á desobedecer mis órdenes, y á persuadir á los demás que mueran miserablemente? » Ignacio contestó: « Nadie sino vos, Príncipe, llamó jamás á Teóforo con el injurioso nombre que acabais de darle; y lejos de ser demonios los verdaderos servidores de Dios, sabed que los demonios tiemblan en su presencia.

TRAJANO. « ¿ Quién es ese Teóforo? »

IGNACIO. « Yo, y todos los que, como yo, llevan á Jesucristo en su corazon¹.

TRAJANO. « ¿ Por ventura crees que no tenemos en nuestro corazon dioses que nos ayudan á vencer á nuestros enemigos? »

IGNACIO. « ¡ Dioses! os engañais, no son mas que demonios; no hay mas que un solo Dios criador del cielo y de la tierra, y un Jesucristo su único Hijo: solo la gracia de este gran Rey puede hacer dichosos.

TRAJANO. « ¿ De quién me hablas? ¿ acaso de aquel Jesús á quien Pilatos mandó crucificar? »

IGNACIO. « Decid mas bien que Jesús clavó en su cruz al pecado y á su autor, y que los hizo esclavos de cuantos le llevan en su corazon.

TRAJANO. « ¿ Así pues, tú llevas á Jesucristo contigo? »

IGNACIO. « Sí, porque escrito está: *Yo moraré con ellos, y andaré entre ellos*². »

Irritado Trajano por la firmeza con que el santo Obispo confesara su fe, pronunció contra él la siguiente sentencia: « Mandamos que Ignacio, quien se vanagloria de llevar consigo al Crucificado, sea conducido encadenado y custodiado por una buena escolta á la grande Roma, para ser lanzado á las fieras y servir de diversion al pueblo. »

Al oír el Santo la sentencia de su muerte, exclamó en un transporte de alegría: « Gracias os doy, Señor, por haberme inspirado un perfecto amor hácia Vos, y por permitir que, como al inclito Pablo, vuestro apóstol, ciñan mi cuerpo gloriosas cadenas. » Dichas estas palabras, púsose él mismo los grillos; en seguida oró por su iglesia, y con lágrimas en los ojos se encomendó á Dios, entregándose luego á los inhumanos soldados, que debian conducirle á Roma para servir de pasto á los leones y de diversion al pueblo.

¡ Qué espectáculo! un Obispo, un venerable anciano, un Santo cargado de cadenas y empezando un viaje de seiscientas leguas, en

¹ Teóphoro, palabra griega que significa *el que lleva á Dios consigo.*

² II Cor. vi, 16.

cuyo término se distinguía un anfiteatro ensangrentado, leones y leopardos esperando su presa, y á un pueblo entero ansioso de aplaudir la muerte de la víctima! El Oriente y el Occidente tenían los ojos fijos en Ignacio; la sociedad antigua y la sociedad nueva se hallaban ex expectacion; la una se estremecía de gozo, al paso que la otra oraba con llanto; la primera contaba con una gran victoria, y la segunda con un triunfo glorioso: veamos cuál de las dos vió frustrada su esperanza.

Ignacio salió de Antioquía con direccion á Seleucia, donde fué embarcado á bordo de un buque que debía recorrer las costas del Asia Menor, y conducirlo directamente á Roma; sin embargo, sin que la causa sea bien conocida, hiciéronle seguir otro camino que hacia el viaje mucho mas largo. Quizás quisieron que pasase el Santo por varias ciudades á fin de infundir terror á los Cristianos y á cuantos pensasen abrazar su fe; pero de todos modos, es lo cierto que la Providencia permitió tan larga navegacion con objeto de que la vista de Ignacio consolase y edificase á mayor número de iglesias. Bajo este aspecto, pues, el Gentilismo fué vencido.

Desde la Siria hasta Roma acompañaron al Santo el diácono Filon y Agathopodo, quienes, segun se cree, fueron los autores de las actas de su martirio, habiendo sido muchos los cristianos de Antioquía que se le adelantaron para ir á esperarle en Roma. Así de dia como de noche, así en tierra como en el mar, Ignacio era custodiado por diez soldados, á los cuales da él mismo el nombre de *leopardos* á causa de su crueldad, y porque su paciencia y su dulzura no lograba otra cosa que enfurecerles mas y mas.

Á pesa de que sus guardias jamás le perdian de vista, tenía el Santo bastante libertad para confirmar en la fe á las iglesias que hallaba en su camino; los fieles de las cercanías acudian en tropel para verle y prestarle cuantos servicios les era dable; y las iglesias del Asia, no contentas con enviarle honrosas diputaciones de Obispos y presbíteros, comisionaron á muchos fieles para que le acompañasen durante el resto del viaje, lo que movió á decir al Santo que llevaba consigo á muchas iglesias. El camino del martirio fué para Ignacio una marcha triunfal, y aquí tenemos otra derrota sufrida por el Gentilismo.

Despues de una larga y peligrosa navegacion llegó el Santo á Esmirna, aprovechando el permiso que se le concedió de saltar á tierra para ir á saludar á san Policarpo, obispo de aquella ciudad, y discípulo, como él, de san Juan Evangelista. Ambos Santos se abrazaron impulsados por su caridad episcopal, é Ignacio, glorioso con sus cadenas, las mostró á san Policarpo, rogándole no opusiese ningun obstáculo á su muerte; igual súplica dirigió á las iglesias de Asia, que habían querido visitarle á su paso, y cuyos diputados, los Obispos de Éfeso, de Magnesia y de Tralles, encontró en Esmirna.

Ignacio escribió desde Esmirna cuatro epístolas que respiran una caridad y un espíritu verdaderamente apostólicos; la primera está dirigida á la iglesia de Éfeso, la segunda á la iglesia de Magnesia, la tercera á la iglesia de Tralles, y la cuarta á la iglesia de Roma. El objeto de esta era el siguiente: Conociendo toda la eficacia de la oracion para con Dios, temia el Santo que fuese pedida al cielo su gracia, y con este motivo escribió á los Romanos conjurándoles para que no lo hiciesen y no le arrebatasen la corona del martirio. Esta epístola es quizás la única en su género; recojámonos para escuchar su lectura, y dejemos penetrar en nosotros la ardiente caridad que de toda ella se desprende.

« Ignacio, apellidado Teóforo, á la Iglesia favorita de Dios, á la » santa Iglesia de Roma, tan digna de servir al Altísimo; á la Igle- » sia que tanto merece ser alabada, respetada y dichosa, en la que » la prudencia impera, la caridad reina, y la castidad triunfa; á los » ilustres fieles unidos entre sí segun el espíritu y segun la carne, lle- » nos de la gracia, que al unirles unos á otros con sagrados lazos les » separa de toda sociedad profana; salud en Jesucristo, Hijo del Pa- » dre, y plenitud del Padre en Jesucristo, nuestro Señor y nuestro » Dios.

» Dios ha escuchado mis oraciones, y he obtenido por fin de su bon- » dad el poder gozar de vuestra amable presencia, pues, á pesar de » hallarme entre cadenas, espero verme dentro de poco en medio de » vosotros. Sin embargo, vuestra caridad me infunde temor; nada os » es mas fácil que impedir que yo muera; mas al oponeros á mi muer- » te, os opondréis á mi felicidad... jamás se me presentará tan propi- » cia ocasion para reunirme con Dios, y jamás tendréis ocasion tan » hermosa para practicar una buena accion. Para ello, no teneis que » hacer sino permanecer tranquilos; si no hablais de mí, iré á reunir- » me con Dios, al paso que, si os dejais conmover por una falsa com- » pasion hácia esta miserable carne, me condenais de nuevo á los » trabajos y al yugo de la vida. Permitid que sea inmolado mientras » el altar está aun en pié, y solo os pido que unais vuestras voces pa- » ra entonar durante el sacrificio cánticos en honor del Padre y de su » Hijo Jesucristo. Dad gracias á Dios porque ha permitido que un » Obispo de Siria fuese trasladado desde Oriente á Occidente para perder la vida, ¿qué digo? para renacer en el seno de su Dios.

» Vosotros que jamás tuvisteis envidia de nadie, ¿podriais envi- » diar ahora mi felicidad? Vosotros que siempre disteis ejemplo de » firmeza y de constancia, ¿modificaríais ahora vuestras máximas? » No, antes obtened para mí, por vuestras oraciones, el valor que » necesito para resistir á los ataques así interiores como exteriores. » Poco es parecer cristiano, si se es tal en efecto; y lo que forma el » cristiano, no son bellas palabras y engañosas apariencias, sino la

» solidez de la virtud y la grandeza de alma en los momentos de prueba.

» Escribo á las iglesias que marchó alegre á la muerte, con tal de que vosotros no os opongais á ello; de nuevo os lo suplico, no os abandoneis á una falsa compasión hácia mí. Permitid que sea mi cuerpo pasto de las fieras, pues no hay camino mas corto para llegar al cielo. Yo soy trigo de Dios, y es preciso que sea molido por los dientes de las fieras para que me convierta en pan digno de ser ofrecido á Jesucristo. Antes que tratar de impedirlo, azuzad á las fieras, á fin de que sean mi tumba, y de que nada dejen de mi cuerpo, por temor de que no sea despues de mi muerte una carga para nadie...

» Al llegar á Roma espero hallar á las fieras prontas á devorarme... Perdonadme estos sentimientos, pues sé muy bien lo que me conviene. Ahora empiezo á ser discípulo de Jesucristo; nada me mueve, todo me es indiferente, excepto la esperanza de poseer á Jesucristo: redúzcame el fuego á cenizas; muera en una cruz de un modo lento y cruel; suelten sobre mí tigres furiosos y hambrientos leones; dispersen mis huesos á los vientos; disloquen mis miembros; magullen mi cuerpo; ceben en mí su rabia todos los demonios, y todo lo sufriré con alegría, con tal que logre con ello la posesion de Jesucristo.

» Mi amor se ha fijado en la cruz; el fuego que me consume es un fuego puro y divino; es un fuego vivificador que me repite sin cesar desde el fondo del corazón: Ignacio, llega á tu Padre. Ya no hallo gusto en los manjares mas exquisitos ni en los vinos mas deliciosos; el pan que yo deseo es la carne de Jesucristo hijo de David; y el solo vino que puede templar mi sed es su sangre, principio de la inmortal caridad. Nada me retiene en la tierra, y ya no me considero como un viviente entre los hombres; quiera Jesucristo haceros sentir la verdad de lo que os escribo; su mismo Padre es el que conduce mi pluma. Obtened para mí el premio de mi carrera: si sufro, me creeré amado por vosotros; mas si desois mi voz, me creeré objeto de vuestro odio.

» Acordaos en vuestras oraciones de la iglesia de Siria, que tiene por pastor á Dios en lugar mio; dignese Jesucristo encargarse de su cuidado durante mi ausencia; á su providencia y á vuestra caridad la confio; en cuanto á mí, vergüenza me da el ser contactado entre sus miembros, no siendo digno, siendo el último de todos. Os saludo con el alma, lo mismo que á todas las iglesias que me han recibido en mi camino con tan cristiana caridad.

« Os escribo desde Esmirna por medio de los fieles de Éfeso; á los que salieron de Siria para Roma teniendo por mira la gloria de Dios, hacledles saber que estoy cerca, pues creo los conoceréis. Todos son

» dignos de Dios y de vosotros, y vuestra caridad les prestará cuantos servicios y favores merece su virtud.

» En Esmirna, día 23 de agosto. ¡Adios hasta el fin en la paciencia de Jesucristo! »

Despues de escrita esta carta partió Ignacio de Esmirna, cediendo á la cruel impaciencia de los soldados que le custodiaban, y que no cesaban de darle prisa, á fin de llegar á Roma antes del día destinado para los juegos. El buque que le conducia echó anclas en Troade, y allí supo Ignacio que Dios habia devuelto la paz á la iglesia de Antioquia, noticia que calmó sus inquietudes; desde Troade escribió á las iglesias de Filadelfia y de Esmirna, y tambien á san Policarpo, en cuyas tres cartas se observa el mismo espíritu de caridad que en las anteriores.

Su voluntad era escribir á las demás iglesias de Asia; pero sus guardias no le dieron tiempo para ello, por lo que rogó á san Policarpo que lo hiciera por él. Desde Troade pasó á Napolí en Macedonia y desde allí á Filippos; obligáronle á atravesar á pié la Macedonia y el Epiro, y reembarcándose luego en Epidauró en Dalmacia pasó por las cercanías de Reggio y llegó á la vista de Pouzzole. Al distinguir esta última ciudad donde san Pablo habia desembarcado, pidió permiso para bajar á tierra, á fin de seguir las huellas del grande Apóstol; mas una ráfaga de viento lanzó el buque en alta mar, y vióse obligado el Santo á pasar adelante, contentándose con tributar grandes alabanzas á la caridad de los fieles de aquella ciudad.

« Finalmente, dicen los autores de sus actas, el viento se declaró en favor nuestro, y llegamos en veinte y cuatro horas á la embocadura del Tíber, que es el puerto de los Romanos, y al paso que estábamos todos penetrados de dolor al pensar que íbamos á ser separados de nuestro querido maestro; él, por el contrario, se alegraba por ver ya cercano el término de su carrera.

» Apenas saltamos en tierra, cuando los soldados se apresuraron á hacernos tomar el camino de Roma, porque los juegos tocaban ya á su fin; y como se hubiese propalado la noticia de que Ignacio debía llegar de un momento á otro, le salieron al encuentro los hermanos de Roma. Todos manifestaban en su rostro la congoja de su corazón, no exenta sin embargo de alegría por ver entre ellos á aquel grande hombre, á quien habian sido elegidos para acompañar. Algunos de los mas ardientes empezaron á decir entre sí que era preciso calmar al pueblo y apagar la sed que de su sangre tenía; mas habiendo el espíritu de Dios revelado al santo Obispo el proyecto que contra él se tramaba, se detuvo, y despues de saludar á cuantos le rodeaban, de pedirles y de darles la paz, les suplicó, con mas fuerza aun de lo que lo hiciera en su epístola, que no se opusiesen á su felicidad. Todos se rindieron á sus deseos, é hincán-